2

PANEGIRICO

DE

Santa Teresa de Jesus

Y

SERMON DE ANIMAS.

PANEGIRICO

DE

SANTA TERESA DE JESUS,

PREDICADO

en la Iglesia de las Carmelitas Descalzas de Alba, donde se venera su sagrado Cuerpo, el dia 16 de Octubre de 1842.

EN PRESENCIA DEL ILMO. SR. OBISPO DE ESTA DIÓCESIS.

POR

el Dr. D. Miguel García Cuesta, Rector del Seminario Conciliar y Catedrático de lengua griega de la Universidad de Salamanca.

Se publíca á espensas de un devoto de la Santa con licencia del mismo Prelado.

SALAMANCA, 1843.
IMPRENTA NUEVA DE D. BERNARDO MARTIN.

Christo confixus sum Cruci. Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus. Galat. 2. 20.

Estoy clavado en la Cruz juntamente con Cristo. Vivo sí, pero no yo, sino que quien vive en mí es Cristo. *S. Pablo á los Gálatas cap.* 2. *v.* 20.

De ningun héroe del Cristianismo parece á primera vista que podria hacerse un completo elogio mas facilmente que de la incomparable Teresa de Jesus. Por espacio de mas de dos siglos nos han precedido distinguidos oradores en tan gloriosa empresa: estamos en presencia de muy sagradas reliquias: pisamos el suelo santificado con las plantas de esa Virgen candorosa y discreta: vemos la casa donde ella moró, y donde moran sus hijas herederas de su espíritu; todo lo cual escita naturalmente el entusiasmo. Teresa, por otra parte, no es una de aquellas Santas que viviendo en el retiro y el silencio pasan desapercibidas del mundo, sino que el Señor quiso derramar en ella las riquezas de su gloria, para presentar á la fáz del universo ese prodigio de santidad; quiso que esta muger admirable se pintase á sí misma con todo el nervio de su elocuencia, con toda la viveza de su imaginacion, con todo el fuego de su amor, para que este fiel retrato pasase á la posteridad en sus inmortales escritos. Todo ésto al pa-

recer debiera facilitar el hacer el panegírico de nuestra Santa.

Pero cuál fué mi sorpresa al contemplar el campo inmenso que se presentaba á mi vista, y que yo no podia hacer de esta Virgen singular un ligero bosquejo siquiera que cupiese en los estrechos límites de un discurso! Cuál mi desaliento al considerar que seria necesaria toda la fuerza de su ingenio, todo el ardor de su caridad para pintar los sentimientos de aquella alma naturalmente elevada, de aquella virtud que se encumbró al mas alto heroísmo! Por una parte se me presentaba la eminencia de su santidad, aquel conjunto de virtudes que dejando á un lado á la Madre de Dios con dificultad se habran visto reunidas en otra muger. Por otra veia aquella serie de comunicaciones misteriosas de la Divinidad, las cuales si son miradas con desdén por nuestros presuntuosos incrédulos, no asi por los que tenemos bastante discernimiento para descubrir en sus escritos una ciencia celestial, una sabiduria sobrehumana que en una Virgen sin letras no puede comprenderse sino recurrimos á las irradiaciones secretas del mismo Dios. Por otra parte se me presentaban esos mismos

escritos leidos con asombro por todos los doctos, y yo no sabia qué admirar allí más, si la superioridad de las luces de Teresa al trazar aquellas brillantes imájenes de la Divinidad comparables solo con las que nos han dejado los Profetas, ó aquella sabiduria para discernir las ilustraciones misteriosas del Espíritu de Dios de las ilusiones de Satanás que á veces se transforma en angel de luz, ó aquella uncion y suavidad celestial, aquel fuego sagrado que respiran todas sus palabras y que ablanda los corazones.

Mas en la imposibilidad de abrazar todo ésto que debiera entrar en el elogio de Teresa, me fijaré principalmente en sus virtudes. Asique en la pintura que voy á hacer de su corazon, sin omitir como no ha omitido ella al escribir su vida, sus pequeñas faltas, porque todo sirve para nuestra instruccion, vereis con cuanta razon podia decir como S. Pablo: *Estoy clavada en la Cruz juntamente con Cristo. Vivo sí, mas no soy yo quien vive, sino que quien vive en mí es Cristo.* Sí, Cristo crucificado era la vida de su corazon. Tal es el carácter, el distintivo de Teresa, un amor divino acompañado de las mas vivas ansias

de padecer por su amado. Hé aquí el carácter que voy á desenvolver hoy recogiendo algunos rasgos de su vida, si me favoreceis con vuestra piadosa atencion. Pero antes imploremos etc.

Teresa habia recibido del Cielo un entendimiento claro penetrante capáz de sentir las impresiones de la luz de la verdad, un corazon vigoroso lleno de nobles impulsos hácia el bien, y una firmeza invencible para llevar á cabo las mas árduas empresas, cuando asi lo exigia ó el interés de la propia salud, ó la gloria de Jesucristo. Cultivadas estas bellas cualidades con la educacion cristiana de sus padres, apareció nuestra Santa en la primera edad de la razon con toda la sabiduria de los largos años; comenzó desde luego á mirar la vida cual suele verse por todos en el fin; quiero decir, como un sueño que despues de haber entretenido por algunos momentos nuestra imaginacion desaparece súbitamente sin dejar nada de real en pos de sí, sino el pesar de haberle tenido tan largo tiempo por una cosa sólida y verdadera. La idéa de una inmortalidad venturosa grabada bien temprano en su alma por la gracia, hacía palpitar su corazon de

alegria, y que se elevase con un santo ardor hácia el Padre del universo y autor de toda felicidad, hácia el Salvador en quien ponia su confianza, y hácia el Espíritu de verdad que la inspiraba su amor. *Sí, para siempre siempre* repetia con un santo entusiasmo enamorada ya de la hermosura divina; *para siempre siempre*; y el eco de esta palabra resonaba en lo mas hondo de su pecho produciendo allí aquellos ímpetus de amor que la llevaban á inocentes escesos, si es que puede caber esceso en el amor de Dios, cuya medida es, segun S. Agustin, amarle sin medida.

Yo no puedo recordar sin conmoverme aquel arranque de heroismo en su mas tierna infancia, el cual revelaba ya toda la fuerza y vigor de su alma grande. Leyendo Teresa á la edad de siete años los combates de los Mártires de Jesucristo que marchaban alegres á la muerte, antes que renunciar á la fé jurada en el bautismo, arrebatada de este sublime espectáculo que el mundo presenció con asombro; y bien! decia esta Niña á un hermanito suyo casi de la misma edad, ¿nó sufrirémos tú y yo algo por nuestro Dios, cuando él ha sufrido tanto por nosotros? Por qué no na-

cimos en los tiempos en que las Eulalias cansaban á los verdugos y confundian la arrogancia de los tiranos? Pero si hoy en España nó, en Africa podemos arrebatar la corona del martirio. Marchemos á esa nacion bárbara á confesar el nombre de Jesucristo. ¿Qué nos detiene? La debilidad de nuestros tiernos años? Niños eran Justo y Pástor y no temblaron. Los tormentos? Otros de nuestra edad vieron con ojos enjutos preparar los potros, encender la hoguera y relumbrar la espada. La muerte? Jesucristo es la resurreccion y la vida.

Animados asi los dos hermanos, comienzan á caminar sin mas guía que su Dios, sin mas compañero que su amor á Jesucristo, sin mas provisiones que la confianza en aquel que sustenta las avecillas del Cielo. Pero el Señor que desde lo alto miraba complacido esta generosa resolucion, este tierno espectáculo que pasaba en la tierra, envia su Angel para detener aquella víctima inocente; acepta sus intenciones, y no permite que se consume el sacrificio, porque la destinaba á otros combates, la preparaba otras coronas. Traida Teresa á casa de sus padres lamenta su propia desgracia, y ya que no se la con-

cede derramar su sangre por el nombre de Jesus, busca otro género de sacrificio que ofrecerle haciendo del jardín de su casa un templo, de su corazon un altar, y de su alma y de su cuerpo dos inmaculadas víctimas que ella presenta todos los dias en holocausto de olor suavísimo al Señor, abrasada la una con el fuego de la caridad y consumido el otro con los rigores de la penitencia. Asi pasó la infancia nuestra Santa.

Pero ¡oh inconstancia del corazon humano! esta alegre mañana de la vida de Teresa que anunciaba un dia tan sereno y tan hermoso, preciso es confesarlo, hubo de anublarse algun tanto. Una vanidad peligrosa que á los quince años comenzó á alhagar su corazon, iba debilitando allí las idéas de Dios y de la eternidad, y haciendo lugar á un nuevo linaje de pensamientos. Los frívolos adornos, el deseo de agradar llegaron á ser objeto de sus cuidados, y la santa, la inocente Teresa quiso parecerse en algunos momentos á una joven liviana, que sin entregarse á desórdenes declarados que ella aborreció siempre, pretende hermanar la mas pura virtud con las modas y pasatiempos del siglo. Y cómo tan estraña, tan inesperada mu-

danza me diréis? Ah! lo creeriais, hermanos mios? Un nada al parecer fué la causa; la familiaridad con una parienta suya entregada á este género de vanidades; la lectura de algunos libros de entretenimiento que corrian en su tiempo; las visitas casi necesarias que recibia de algunos jóvenes parientes suyos sin que ni ella los llamase, ni pasase allí nada contrario á las buenas costumbres. Sinembargo el peligro era inminente. ¿Sabeis por qué? Porque si bien estas vanidades que el mundo canoniza no suelen hacer en un principio sino una herida leve y pasajera, sinembargo es muy facil que ésta se encone convirtiéndose en una llaga que conduce á la muerte. Porque quien ama el peligro perecerá en él. Mas el Señor alargó el brazo de misericordia para que la jóven Teresa no acabase de caer; y volviendo ella muy luego sobre sí de aquella pequeña distraccion, y conociendo el terreno resvaladizo en que se iba colocando, resuelve divorciarse para siempre del siglo. El Espíritusanto á quien habia contristado aunque no estinguido la devuelve entonces sus antiguos favores. Ya no mira Teresa el estado religioso bajo el aspecto triste y som-

brío con que en aquellos momentos de tibieza se lo presentaba el enemigo. Si delibera es para asegurarse mejor: nada de precipitacion en este paso importante de su vida: no es un padre quien la violenta, no las caricias quienes la seducen, no el fervor de una devocion pasajera quien la deslumbra. TERESA toma el hábito religioso, pero es despues de haber examinado su aspereza, despues de haberlo medido con su propia virtud. "Con la fuerza que hacian en mí, dice nuestra Santa refiriendo este acontecimiento de su vida, las palabras de Dios, asi leidas como oidas, vine á ir entendiendo que todo era nada, y la vanidad del mundo y como acaba en breve, y á temer, si me hubiera muerto, como me iba al infierno, y aunque no acababa mi voluntad de inclinarme á ser monja, ví era el mejor y mas seguro estado. En esta batalla estuve tres meses forzándome á mí mesma con esta razon, que los trabajos y pena de aquel estado no podia ser mayor que la del purgatorio y que yo había bien merecido el infierno. Poníame el Demonio que no podria sufrir los trabajos de la religion; á ésto me defendia con los trabajos que pa-

"só Cristo por mí, y que no era mucho
" pasase yo algunos por él, que él me ayu-
" daria." Veis cómo TERESA animada constantemente del deseo de padecer por Cristo ya que no pudo dar su vida por él, sacrifica hoy en sus aras la propia libertad consagrándose á su servicio con solemnes votos?

Viéraisla ya colocar toda su dicha en los ejercicios mas humildes de su nueva profesion; viéraisla envidiar en sus compañeras las cruces con que el Señor las probaba: viéraisla á ella misma sufrir con alegria los agudos dolores de una larga enfermedad con que su divino Esposo acrisolaba su virtud, y añadir á ésto los santos rigores de la penitencia: viéraisla enfin buscar á su amado con todo el ardor de su corazon en las lecturas piadosas, en la oracion, en los sacramentos, y no quererle perder de vista jamas apesar de las sequedades y aparentes desvíos con que él queria probar la sinceridad y constancia del amor de su Esposa. ¿Y qué falta ya á la perfeccion de su virtud? Sinembargo esos mismos dias que os parecen tan llenos y tan hermosos, serán todavía en adelante el objeto de las lágrimas de TERESA. "Bastáran, ó sumo bien y descanso mio,

» dice ella repasando este primer periodo
» de su vida religiosa, bastáran las merce-
» des que me habíades hecho de traerme
» por tantos rodéos á estado tan seguro pa-
» ra ir creciendo en tu servicio. Yo no sé
» cómo he de pasar de aquí cuando recuer-
» do la manera de mi profesion, y la gran
» determinacion y contento con que la hi-
» ce y el desposorio que entonces hice con
» Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas
» y habian de ser de sangre y quebrárse-
» me el corazon, y no era mucho para lo
» que despues os ofendí." Y sabeis cuáles son estas ofensas que ella tan amargamente lloraba á impulsos de su amor ardiente á Jesucristo? Os lo voy á decir para nuestra confusion. El no haberse despojado del amor propio hasta el punto de sufrir por Cristo los menosprecios, no ya con resignacion que ésto lo practicaba, sino con alegria; ciertas conversaciones ociosas de una pretendida urbanidad, menos cautela en evitar algunas faltas levísimas despues de haberlas confesado una vez, y ésto porque el indulgente director de su conciencia no la hacía sentir toda la fuerza de aquella palabra del Espíritu de verdad, *qui spernit modica paulatim decidet*, quien des-

precia las cosas pequeñas, poco á poco se arruinará. Hé aquí las infidelidades que comenzaban á hacerla perder algun tanto el gusto á su trato íntimo con Dios, y á secar su corazon. Véd aquí lo que mirándose en adelante al resplandor de una luz mas viva de la gracia, llamaba ingratitudes y maldades dignas de llorarse con lágrimas de sangre.

Mas apenas hubo abierto su corazon á un conductor fiel que ella habia buscado siempre con ansia, cuando felízmente desengañada entra de lleno en el verdadero camino. Dócil á la voz de Dios, la sigue ya siempre con fidelidad sin dar ningun paso hácia atrás en la senda de la perfeccion. No temamos ya, hermanos mios, penetrar en su corazon. ¡Oh si pudiera yo desplegar á vuestra vista toda la hermosura y magnificencia de este templo del Espíritusanto que brilla con los resplandores de las mas puras virtudes! Un grande ardor por la oracion es el primer don que la hace merecer todos los demas. Su mas grato ejercicio era estar como María á los pies de Jesucristo, escuchar sus lecciones y llenarse de su uncion sagrada. Viérais entonces su alma desprendida de todas las cosas

terrenas y llena de la magestad de Dios elevarse como el incienso en las alas del amor divino hasta las puertas del Cielo que se abren á su vista. Viéraisla casi penetrar en el santuario y contemplar allí la Trinidad y los misterios del Hombre Dios. Entonces principalmente comenzó á sentir aquellos favores estraordinarios del Cielo, aquellas claras manifestaciones de Jesucristo que ora desplega ante sus ojos toda la hermosura de un alma justa, ora traspasa su corazon con un dardo abrasado de amor, ora contrae con ella un espiritual desposorio cuyas arras son los clavos de la Cruz, ora la muestra en espíritu el horrible lugar donde sin su ausilio la hubiera precipitado su antigua tibieza. Véd ya la escuela en que Teresa aprendió aquella alta sabiduria, aquellas elevadas ideas que no cesamos de admirar en sus celestiales escritos.

Y cuáles pensais que eran sus sentimientos al contemplarse adornada de dones tan estraordinarios? A un S. Pablo le hubiera sido funesta la grandeza de sus revelaciones y de su ciencia, si como él dice, Dios no le hubiera dado al mismo tiempo aquel angel de Satanás que le abofetease y humillase. Pero en nuestra Santa no

habia necesidad de este contrapeso para llamarla al centro de su propia nada. Aquel don sublime de oracion, aquella grandeza de sus revelaciones, aquella superioridad de luces lejos de engreirla, la humillaban y afligian considerando tan grandes mercedes como otras tantas señales de la propia flaqueza que á su entender necesitaba ser sostenida con tan poderosos ausilios. Yo no la oigo decir como Davíd, no os acordeis, Señor, de mis iniquidades, sino repetir por un esceso incomprensible de humildad; Señor, no os olvideis tan presto de mis infidelidades para oprimirme asi con tantos favores. Para publicar lo que ella no dudaba llamar sus grandes pecados daba á los directores de su conciencia la mas completa libertad, y solo exigia el secreto respecto de las singulares mercedes de Jesucristo. *Deseaba yo*, decia Teresa con toda la sinceridad de la inocencia, *deseaba ser enterrada viva antes que ver que se publicaba una sola de tantas gracias si de ésto habia de resultar alguna gloria para mí.* Alarmada su humildad al oir de boca de sus superiores y directores el mandato espreso de que escribiese ella misma las grandes mercedes con que la favorecia el Señor,

cuántas lágrimas derrama para que se la permita siquiera mezclar en la historia de su vida la confesion de sus ruindades, de sus grandes pecados como ella los llamaba! Solo para inmortalizarlos deseaba saber escribir. Solo la obediencia pudo decidirla á manifestarnos lo que tanto la ensalza. Pero oh gran Santa por ingeniosa que haya sido tu humildad para abatirte ante los ojos de los hombres, Dios no ha permitido que consiguieses tu intento. Nunca apareces mas grande, nunca te admiro mas que cuando te veo llorar amargamente aquellas pequeñas infidelidades inherentes á la condicion humana.

He dicho que solo la obediencia pudo decidirla á revelarnos las riquezas de la gloria que en ella derramaba su divino Esposo. Porque su sumision á los hábiles directores á quienes descubria su corazon era sin límites. Véd sino una prueba. No pudiendo ellos en un principio por mas hábiles que eran, seguir á Teresa en el encumbrado vuelo que la hacía tomar el Espíritu de Dios llegaron á tenerla por ilusa, y á mandarla resueltamente que reputase engaños de Satanás aquellas claras manifestaciones de Jesucristo y que le ahuyen-

tase con el desprecio y el insulto! Qué combate tan terrible para nuestra Santa entre Jesucristo que ella vé en la persona de sus ministros, y entre Jesucristo presente á su espíritu mandándola creer que es él, nó Satanás, entre la conviccion secreta que el Espíritu de Dios dejaba entonces en el fondo de su alma, y la veneracion á los sabios que la condenan! ¿Qué hará? TERESA se aflije, sí, pero obedece á los que el mismo Dios ha establecido jueces en aquel tribunál sagrado. El Señor aprueba esta obediencia y la premia redoblando sus favores y convenciendo de su origen divino aun á los mas obstinados. Veis á TERESA sentir constantemente en sus revelaciones, en su humildad, en su sumision las impresiones de un amor doloroso hácia Cristo?

Oh si tuviera yo una chispa siquiera de aquel incendio inmenso que su perseverante oracion y su profunda humildad levantaron en su corazon! Entonces podria pintaros con vivos colores aquel amor que la hacía decir con toda la efusion de su alma, *ya no vivo yo, sino que quien vive en mí es Cristo*, aquellos desfallecimientos espirituales que la hacian caer víctima de la caridad, aquellas amorosas quejas que di-

rigia á su divino Esposo, porque para corresponderle no hallaba en el fondo de su corazon sentimientos bastante vigorosos, aquellas santas impaciencias por ver sin nubes y sin velo la hermosura divina cuyo resplandor sentia en los rayos fugaces de sus éstasis, aquellos ímpetus de su alma que purificada como un Serafin se hallaba en este mundo en un estado violento. Mas cómo podria yo hablar ni vosotros entender este lenguaje del Cielo, cuando tenemos el corazon tan apegado á la tierra?

Oíd no obstante á la misma Santa pintar con un candor angelical este admirable estado de su alma. "Veíame morir, dice, con deseo de ver á Dios, y dábanme unos ímpetus tan grandes de este amor que yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacia ni cabia en mí, sino que verdaderamente me parecia se me arrancaba el alma. La grandísima pena que dá esta llaga de la ausencia del Señor es tan sabrosa que no hay deleite en el mundo que mas contento dé: siempre querria el alma estar muriendo de este mal." Y hablando en otra parte de su Transverberacion que la Iglesia celebra con una festividad particular "Veía yo, dice, un Angel cabe

mí en forma corporal,....... veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas. Al sacarle me parecia las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en un amor grande de Dios. Era tan grande el dolor de la herida y tan escesiva la suavidad que me pone este grande dolor, que no hay desear que se quite, ni el alma se contenta con menos que Dios. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios que yo suplico á su bondad se lo dé á gustar á quien pensáre que miento." A tal punto habia subido su caridad que es la reina de las virtudes. Qué cosa mas bella que esa alma que se agita como una mariposa hasta lanzarse en el océano de la luz eterna !

Pero era llegado el tiempo en que este amor divino comprimido y como cautivo en el corazon de Teresa rompiese sus cárceles, á la manera que un rio engrosado por las lluvias no puede contenerse dentro de sus márjenes y se derrama á fecundar los campos vecinos. Dios no habia amontonado en su alma tantos tesoros para enri-

quecerla á ella sola sino tambien para que los esparciese en la Iglesia. Pero es una muger la que habla, ó un nuevo evangelista que viene á restablecer en la tierra el amor de Jesucristo y de su Cruz? Ganar un alma para Dios era á los ojos de Teresa la accion mas grande. Si hubiera sido preciso sufrir mil muertes y arder hasta el último dia en el purgatorio para salvar á un pecador, Teresa dice que hubiera aceptado con gusto este sacrificio. Teresa escribe y cada una de sus palabras es un dardo encendido que abrasa los corazones en el amor de Dios. Sí, despues que ella me ha pintado la vanidad, la nada del mundo yo no puedo menos de aborrecerle; despues que me ha hecho sentir cuán amable es el Señor, cuán suave su Cruz, yo no puedo menos de amarla.

Mas sus instrucciones no bastan á satisfacer su celo: la dificil empresa de la reforma de las casas religiosas vá á coronarle bien presto. El tiempo que todo lo deteriora habia introducido en los monasterios del Carmelo á que ella pertenecia algunos abusos contrarios á la perfeccion á que deben aspirar las almas que se consagran á Dios. ¿Se necesitaba más para escitar el

celo de esta esposa de Jesucristo que por el voto mas sublime se habia obligado á promover la gloria de su celestial Esposo haciendo siempre nó yá lo bueno sino lo mejor, lo que ella entendiese le seria mas grato? ¡Pero qué proyecto, Cristianos, el de una muger que sin apoyo, sin riquezas, sin el prestigio de la autoridad emprende reformar abusos sostenidos por la fuerza de la costumbre! El Demonio la suscita obstáculos por todas partes, la ciudad de Avila se levanta contra ella, sus superiores la retiran la licencia, sus mismos directores que sabian que su corazon era el templo del Espíritusanto la abandonan cobardemente; se la acusa en la Córte, se delibera si convendrá encerrarla y se acuerda que sí. Cederá Teresa á tan grande tempestad? Oh prudencia humana presto vas á ser confundida. Asegurada nuestra Santa se sonrie contemplando los vanos esfuerzos de los hombres, y espera como Abrán contra toda esperanza que será madre de una larga descendencia. Anuncia resueltamente que el infierno todo no podrá frustrar su empresa. Y en efecto el Señor acude bien pronto en ausilio de su esposa serenando con su voz omnipotente aquella deshecha bo-

rrasca. La ciudad de Avila vió entonces con asombro alzarse la casa de S. José que fué el modelo de tantas otras. Llamada Teresa á diversas ciudades de España todas quieren someterse á la ley de esta Virgen admirable; hombres y mugeres se alistan bajo sus banderas, y volando su nombre por todos los países católicos los hijos de Teresa son la admiracion de los pueblos, la edificacion de la Iglesia y el honor del estado religioso. Llenos ya los designios de la Providencia sobre esta Virgen apostólica que prescindiendo siempre de María es para mí la muger mas grande que aparece en los fastos del mundo, es llamada enfin desde esta casa á recibir la corona inmarcesible de la gloria, y á entrar en la plenitud de aquella bienaventuranza inefable y eterna cuyas primicias habia gustado en este suelo.

Oh Vosotras hijas de Teresa, herederas de su espíritu, que buscais la justicia y seguis al Señor, mirád, os diré al fin como decia el Profeta á la descendencia de Abrán, mirád á la roca de donde habeis sido cortadas para formar el templo vivo de Dios, *attendite ad petram unde excisi estis*, mirád á Teresa vuestra madre y mar-

chád como ella á una inmortalidad venturosa. Consoláos, porque nada de lo que habeis dejado en el mundo tiene un valor sólido y verdadero. Sacrificar lo que tiene un falso brillo solamente por aspirar á los bienes eternos es la mas alta sabiduria, la sabiduria de TERESA DE JESUS. El mundo os desconoce! Pero qué os importa si os admiran los ángeles? Hay otro dia en que á despecho suyo y con un arrepentimiento tardío confesará ese mundo reprobado su propio engaño.

Y vosotros, hermanos mios, os contentaréis con una admiracion esteril de la santidad prodigiosa de TERESA? Ah! nó, que éste sería un error funesto. Dios suscita de cuando en cuando estos personages estraordinarios nó para hacer un vano alarde de su Omnipotencia, sino para despertarnos con el ruido de sus virtudes de nuestro sueño fatal y llamarnos á nuestro deber. Imitar á esta Virgen heróica parecerá imposible á los que no tengan bastante decision para conquistar el Cielo. Pero dejando á sus hijas aquellas comunicaciones misteriosas de la Divinidad que no son de la conducta ordinaria de la gracia, y si quereis, tambien lo mas puro, lo mas sublime

de las virtudes, debeis saber que ellas en su fondo constituyen los principales debees del cristiano. Imitádla pues en su espíritu de oracion y meditacion de las verdades eternas. ¿Nó nos intíma á odos el Evangelio que es preciso orar y ésto sin intermision? Vosotros no tendreis nunca para dispensaros ni mas ocupaciones que ésta célebre fundadora, ni mas viveza de imaginacion para distraeros que la que por propia esperiencia la llamaba con tanta gracia *mariposa volátil que no sabe estarse quieta*, ni mas desabrimiento ó disgusto que el que ella esperimentó en este ejercicio por espacio de veinte y dos años, sin que ésto la retrajese de aquel saludable comercio de la criatura con el Criador. Imitádla siquiera de lejos en su espíritu de mortificacion, en sus ardientes deseos de padecer por Cristo. Porque Dios glorifica solamente á los que halláre conformes con la imajen de su Hijo crucificado. Imitádla en su humildad y docilidad á los ministros de Jesucristo, de quienes él mismo ha dicho, quien á vosotros oye á mí oye, quien á vosotros desprecia á mí desprecia. Imitádla enfin en el fervor de su caridad y de su celo. ¿Y qué? ¿Nó es por ventura el primero y el mayor

de los preceptos amar á Dios con todo nuestro entendimiento, con todo nuestro corazon, con todas nuestras fuerzas, y el segundo y último semejante á éste? Dirigíd como ella fervorosas súplicas al Señor para que suscite dignos ministros de su Evangelio, atraéd á los pecadores con vuestro buen ejemplo, con vuestras amonestaciones. No creais que ésto pertenece esclusivamente á los ministros de Jesucristo. *A cada uno de vosotros ha encargado Dios de su prógimo.* Y qué Señor! decia esta Virgen apostólica en medio de su santo desconsuelo por los estragos de las heregías, *¿el mundo y el demonio os llevan todos los dias tantas almas, y nó podré yo ganaros una sola?* ¿Y os será permitido á vosotros permanecer frios espectadores de tantos como se pierden miserablemente acaso por vuestra omision en amonestarlos y en orar por ellos? Yo no digo que hayais de ser fundadores ni escritores, y mucho menos que hayais de subir á esta cátedra del Espíritusanto: pero lo que os anuncio á nombre de la religion es que todo cristiano por solo este título debe interesarse por la gloria de Jesucristo, debe trabajar cuanto su posicion y sus talentos lo permitan en es-

tender su reino, y nadie está escusado, dice un autor piadoso, de esa especie de celo de pura voluntad que en la imposibilidad de derramarse fuera se manifiesta por la voz de las lágrimas, de las fervorosas súplicas dirigidas al Cielo para obtener la conversion de los pecadores.

Gran Santa, que segura ya de tu inmortalidad vives en la region de la paz y de la bienaventuranza no olvides á tus hijos que gimen todavía en el lugar del destierro. Tu eres la Patrona, la natural Protectora de esta comarca y de esta Diócesis. El Señor ha dispuesto que tus sagradas reliquias, tu cuerpo, tu corazon reposasen en este templo para nuestra edificacion y consuelo. Ház pues que penetre hasta lo mas íntimo de nuestros corazones esa voz que hoy nos diriges á todos desde aquella sagrada urna en medio de su enérgico silencio; mortales, la figura de este mundo pasa, y la eternidad avanza como una ola inmensa para tragarlo todo: solo la inocencia y la virtud se libran del universal naufragio: solo la fé y el amor de Jesucristo son vuestra esperanza, vuestro puerto de salvacion.

SERMON
DE ANIMAS

PREDICADO

en la Capilla del Cementerio de la ciudad de Salamanca el dia de la Conmemoracion de los Fieles difuntos, 2 de Noviembre de 1842.

EN PRESENCIA DEL M. N. É I. AYUNTAMIENTO.

POR

el Dr. D. Miguel García Cuesta, Rector del Seminario Conciliar y Catedrático de lengua griega de esta Universidad.

Se publíca con licencia á espensas de un devoto de las benditas Animas.

SALAMANCA, 1843.
IMPRENTA NUEVA DE D. BERNARDO MARTIN.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut a peccatis solvantur.

Es santa y saludable la práctica de orar por los muertos para que sean desatados de sus pecados.

Machab. 2. 12.

CRISTIANOS, yo no sé por qué fatalidad las verdades de mas interés se hacen para nosotros frias é indiferentes. El mundo, los objetos del mundo, el momento actual hé aquí nuestro ídolo que ocupa toda nuestra atencion, sin permitirnos apenas levantar alguna vez la vista hácia otro mundo donde están nuestros verdaderos bienes ó nuestros verdaderos males, nuestras esperanzas ó nuestros temores. Diríase á primera vista que á ese mundo venidero le reputamos un sueño, un país fabuloso; y sinembargo nada hay mas cierto que su existencia. La razon y el Evangelio nos la atestiguan de un modo decisivo.

Si yo dirigiese hoy mi voz á un auditorio menos piadoso que el que me escucha, si tuviese necesidad de convenceros de esa importantísima verdad que todos los pueblos sin comunicarse entre sí han admitido siempre, echád una rápida ojeada, os diria, sobre la historia del género humano, y véd cómo en mil circunstancias particulares triunfa el crímen mientras que gime la inocencia, mirád cómo el malvado devora á veces á los que son mas justos que él. ¿Y qué? ¿Los monstruos de la humanidad que han apa-

recido en la sucesion de las edades y los siglos, despues de haber fundado su impunidad en el esceso mismo de sus crímenes, despues de haber desafiado á todos los tribunales de la tierra nó tendrán otro tribunál que temer? La virtud entonces no sería mas que un nombre vano. La misma razon natural que nos obliga á reconocer la existencia de un Dios justo que gobierna este mundo nos hace sentir que hay otro tiempo otro lugar de compensacion que justifique á la Providencia, y que la noche del sepulcro no cubre eternamente en sus sombras al justo con su justicia, y al impío con sus crímenes. El mundo presente es una clara profecía de un mundo venidero.

Pero no es ésto lo que quiero demostraros hoy, y aun sería supérfluo el hacerlo en presencia de un auditorio piadoso que viene á proclamar en este lugar entre los troféos de la muerte la inmortalidad del hombre, y que ha oido á su divino Maestro decir sin orgullo ni mentira, "*yo soy la verdad, el que cree en mí aun cuando muera vivirá, yo le resucitaré en el último dia: irán los inicuos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.* Quiero, sí, que levanteis vuestra vista hâcia el mundo venidero tan estúpidamente olvidado por los habitantes de la tierra, pero quiero que la levanteis en el espíritu con que hoy lo hace la Iglesia. Ayer nos ha recordado nuestra Madre la alegre perspectiva de la celestial Jerusalen, de aquella ciudad triunfante compuesta de todos los

Santos, de todos los espíritus bienaventurados que han entrado ya en la plenitud de la felicidad inefable y eterna que Dios tiene preparada á los que le aman. Hoy, dejando al infierno sus eternos horrores, se muestra conmovida por aquella preciosa porcion de la herencia de Jesucristo que gime detenida en triste cautiverio esperando con las mas vivas ansias su pronta libertad. Por esas almas predestinadas que sufren en el Purgatorio cubre hoy la Iglesia de luto sus altares en toda la redondéz de la tierra, prorumpe en lúgubres acentos, derrama tiernas lágrimas y dirige fervientes súplicas al Cielo para hacerle una santa violencia en favor de aquellos ilustres cautivos.

Este espectáculo de nuestra comun Madre que hoy especialmente tan solícita se muestra por esa parte de sus hijos me obliga á desenvolver el dogma del Purgatorio, para recordaros vuestros deberes hácia las almas allí detenidas y lo que podeis hacer en su favor. Escuchádme con atencion que se trata de un asunto que á todos nos interesa conocer bien.

Despojado nuestro primer padre por su rebelion contra Dios de los derechos al Cielo y rechazado en sí mismo como en un primer infierno, la suerte de aquel rey destronado y de su desgraciada descendencia hubiera sido sufrir en esta vida la maldicion del pecado para despertar en la otra lejos de Dios, lejos de la luz, lejos de toda esperanza pesando sobre nosotros un inmovil dolor. Tal hubiera sido indudablemente nues-

tro destino, si el Hijo eterno de Dios á impulso de un amor inmenso no se hubiera presentado como víctima voluntaria para satisfacer por la culpa que el hombre no podia espiar. En efecto, Jesucristo muriendo en la Cruz como víctima pública por la salud del género humano aplaca la ira divina, reconcilia al Cielo con la tierra, levanta al hombre caido, se hace nuestro gefe y abre de nuevo las puertas del Cielo á los que llenos de su espíritu se unan á él con los vínculos de la fé, de la esperanza y del amor. Véd aquí la Redencion. Comprendéd ya lo que es la Iglesia de Jesucristo conquistada con su sangre, la sociedad de los adoradores del verdadero Dios unidos por la fé al Redentor del mundo cuyo dia saludaban desde lejos los antiguos Patriarcas, sociedad que abraza todos los siglos, y cuya parte mas noble habita triunfante en la patria celestial, mientras nosotros en esta tierra de contradicion pelcamos todavía contra las pasiones y los vicios, contra las concupiscencias de la carne, los alhagos del mundo, los ardídes del Demonio sosteniéndonos en tan porfiada lucha con su fuerza invisible nuestro divino caudillo.

Mas para formaros cabal idea de toda la estension y grandeza de esta ciudad de Dios, de esta esposa del cordero no debeis olvidar aquella porcion de almas predestinadas que apesar de haber roto ya las ataduras de este cuerpo mortal no han entrado aun en la plenitud de la biena-

venturanza que las está preparada. Conocéd ahora la diversidad de estados en que se halla el cuerpo místico de Jesucristo, la nacion santa, el pueblo de conquista á cuya cabeza está el Libertador del mundo, el cual derrama sobre sus miembros una benéfica influencia bañando á unos en el Cielo con todo el lleno de su luz divina, consolando á otros en el Purgatorio con una esperanza cierta de que presto amanecerá tambien para ellos su claro dia, y sosteniéndonos á nosotros en medio de las tinieblas y peligros de este mundo con el escudo de la fé, con el áncora de la esperanza y con el ardor de la caridad que el Espíritusanto derrama en nuestros corazones.

Admirád ahora conmigo los caminos de la eterna sabiduria en la estrecha union de esta sociedad portentosa. Jesucristo es su cabeza, el lazo que une todos sus miembros apesar de la distancia y de la diversidad de estados en que se encuentran. De su Cruz ha salido siempre y estará saliendo hasta la consumacion de los siglos toda la virtud que nos engrandece y eleva hasta ser hijos de Dios y herederos de su reino. Pero, ¡cosa admirable! ese único Salvador del mundo para estrechar mas y mas la union entre sus hijos ha dispuesto que todos pudiésemos ausiliarnos mútuamente en la grande obra de nuestra salud, ha querido que todos fuesemos en cierto modo salvadores unos de otros. ¿Nó veis en el cuerpo humano como todos los miembros se sir-

ven y ayudan mútuamente? Pues de la misma manera los bienaventurados en el Cielo interceden por nosotros, ruegan al Señor que nos fortifique con su gracia, y nosotros en justo reconocimiento celebramos su memoria, cantamos sus alabanzas, bendecimos las misericordias que el Señor ha ejercido con ellos. Nosótros mismos habitantes de esta tierra de combates y de prueba podemos ausiliarnos en la obra de nuestra santificacion, y lo que es mas podemos con nuestra solicitud abreviar las penas que la justicia de Dios hace sufrir á aquellas almas predestinadas que han salido de este mundo sin tanta pureza como es necesaria para ver á Dios cara á cara. Entendéd ya lo que significa aquella palabra del símbolo *la Comunion* la Comunicacion *de los Santos.* Doctrina admirable, doctrina sublime que no puede haber sido inventada por los hombres. Ah! no se inventa con tanta facilidad.

La Iglesia católica á quien el Apostol llama *columna* y *sostén de la verdad* confiesa hoy en alta voz el dogma del Purgatorio, la doctrina consoladora de que la muerte no ha podido romper toda comunicacion con nuestros deudos y amigos sobre quienes ha descargado ya su golpe. Qué digo la Iglesia católica? Los mismos filósofos gentiles alumbrados solamente con la pálida luz de la razon humana llegaron á entender que aquellos cuya vida no habia sido altamente criminal, pero tampoco del todo inocente, debian sufrir en

otro mundo penas proporcionadas á sus pequeñas faltas antes de entrar en la mansion de la felicidad. Tambien nosotros como Dios tenemos en la tierra una justicia inexorable en la pena capital, y una justicia mas suave en las penas correccionales. Pero la palabra divina contenida en las sagradas Escrituras y en la Tradicion no nos deja sombra de duda sobre este dogma definido ya solemnemente por la Iglesia en sus Concilios. ¿Nó dice claramente el Espíritusanto en el libro 2.° de los Macabeos, de donde está tomada la Epístola de este dia, que *es santa y saludable la práctica de orar por los difuntos*? ¿Nó dice el Apostol que si uno levantáre sobre el cimiento que es Cristo un edificio de oro, plata ó piedras preciosas que son las buenas obras, las virtudes puras, y añadiere madera, heno ó paja que son las imperfecciones, las faltas leves, ésto último será abrasado, peró que la persona se salvará asi como por el fuego? *Sic quasi per ignem*? ¿Y nó ha sido la costumbre de la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles orar por los fieles difuntos como lo atestiguan sus liturgias, sus preces públicas que en el fondo traen origen de aquellos enviados de Jesucristo á quienes el Espíritusanto enseñó toda verdad? Ofenderia vuestra piedad si insistiese mas sobre ésto.

Pero qué es el Purgatorio me preguntais, qué penas sufren las almas allí detenidas, y cómo las podemos socorrer? Véd aquí lo que os voy á

manifestar no conforme á las imaginaciones de los hombres, sino segun se colige claramente de las espresiones de S. Pablo y de los conductos mas autorizados de la Tradicion divina. El Purgatorio segun nos lo indican las antiquísimas liturgias y oraciones de la Iglesia es una mansion sombría, un lugar de tribulacion y de dolor, un lago profundo que tiene todo lo que tiene el infierno menos la eternidad y la desesperacion. Sin la esperanza, dice un hombre docto, el Purgatorio sería el infierno. Representaos un fuego abrasador, un fuego que segun S. Agustin vence en actividad á todas las penas que acá en la tierra pueden verse, sentirse ó imaginarse; representaos luego á aquellas almas como abismadas en esta inmensa hoguera sufriendo inmediatamente toda su actividad por una disposicion particular de la Providencia, á la manera que en el presente orden de cosas nuestra alma sufre por la mediacion del cuerpo los tormentos y el dolor, representaos, digo, todo ésto y os habreis formado alguna idea aunque imperfecta de una parte de la pena que allí se padece. He dicho una parte de la pena, porque hay allí otro suplicio cuya intensidad no podémos nosotros comprender bien: hablo de aquel profundo pesar y tristeza que aquellas almas sienten al recordar sus antiguas infidelidades que fuerzan al padre mas tierno á tratarlas con tanta severidad: hablo de aquella inesplicable ansiedad que esperimentan al ver

tan cerca su bien, y que sinembargo no lo pueden alcanzar. Ellas conocen todo el precio de la dicha que las aguarda, conocen el valor que en sí tiene la posesion del sumo bien; sienten que Dios con la mano de su misericordia las arranca de su suplicio, y que las rechaza con la de su justicia, y ésto las desgarra; ellas aman vivamente á Dios y se lanzan al centro de su amor con mas ímpetu que la flecha despedida del arco, porque están ya libres de este cuerpo terreno que agrava nuestra alma; represéntanse con vivacidad aquel bien inmenso que las está destinado, le ven ya próximo, casi le tocan, casi le abrazan, y sinembargo se dilata su posesion. Qué suplicio, Cristianos! Nada son en comparacion de él las ansiedades y congojas del náufrago que lucha con las olas por ganar la orilla. El dolor por otra parte hace largos los instantes asi como la alegria y el contento abrevia los siglos. Quién de vosotros nó ha creido eterna una noche de padecer, una noche de enfermedad y desasosiego? Calculád por aquí lo que sufrirán aquellas almas atormentadas por el fuego de Dios hasta que se acrisolen y se fundan en sí mismo.

Pero qué han hecho, por qué padecen esas almas justas? Ellas aman á Dios, y Dios sinembargo las atormenta! Aman á Dios, es verdad, salieron de este mundo vestidas, sí, de la vestidura nupcial, de la hermosa estola de la caridad, pero esta estola llevaba todavía algunas sombras,

algunas ligeras manchas que empañaban algun tanto su brillo; ese amor llevaba alguna liga, alguna mezcla de metal estraño que es preciso se derrita y se consuma en el fuego. Tormento horrible, sí, pero tan justo que esas almas se condenarian á sí mismas á sufrirle si Dios no las condenase. Separadas ya del cuerpo se ven á sí propias sin nubes y sin velo, se ven al resplandor de una luz enteramente nueva, y como no se encuentran tan puras como salieron de las manos del Criador se precipitarian de verguenza en mil infiernos antes que presentarse de aquella manera delante de la magestad del Dios tres veces santo. Padecen, pero saben que Dios las ama y que se hace á sí mismo una especie de violencia, sufren con una mezcla inesplicable de dolor y de alegria, gimen y besan la mano que las hiere, porque saben que cada golpe las acerca á la posesion del soberano bien, saben que esa mano es la mano de Dios que dá las últimas pinceladas á su imagen para restituirla su primitiva hermosura, es la mano del grabador que aprieta el buríl en el acero para señalar bien los trazos, los líneamentos y contornos de la imagen. *Ego cælabo sculpturam ejus et auferam iniquitatem illius,* dice el Señor por su Profeta, *yo retocaré su escultura y quitaré su iniquidad.*

Y para que acabeis de comprender la justicia y la misericordia de Dios debeis saber que esas almas restablecieron en sí mismas por la pe-

nitencia la imagen de la santidad de Dios que la culpa habia borrado, pero no la restablecieron en toda su perfeccion, no hicieron mas que bosquejarla groseramente, no ofrecieron toda la satisfaccion que aun despues de perdonada la culpa se debe á la justicia Divina, no se consagraron al amor del Señor sin reserva, no llevaron el hacha á la raíz de las imperfecciones, de las faltas leves cuando era tiempo, cuando vivian en este mundo de merecimientos, y por eso Dios se encarga de retocar esta obra imperfecta cuando ya no puede hacerlo el hombre. Esas almas no pueden entrar en Dios hasta que hayan salido enteramente de sí mismas, hasta que hayan sido purificadas de toda su escoria, de todas sus afecciones terrenas, y por eso aquel fuego se llama Purgatorio ó purificador. Oh vosotros los que convertidos al Señor os cuidais poco de perfeccionar la obra de vuestra resurreccion de la culpa con los santos rigores de la penitencia, y que os atreveis á cometer tantas infracciones de ley só pretesto de que son ligeras, aprendéd lo que son á los ojos de Dios por la pena que las tiene preparada, y temblád.

Dios nos ha revelado este dogma del Purgatorio, este secreto de sus justos juicios, nó para satisfacer una vana curiosidad sino para llenarnos de aquel santo temor que es el principio de la sabiduria, y escitar nuestra caridad en favor de nuestros deudos y amigos que hemos visto

desaparecer de nuestro suelo arrebatados por la muerte. El Señor en su misericordia ha puesto en nuestra mano la pronta libertad de aquellos ilustres desgraciados. *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut a peccatis solvantur.* Es santa y saludable la práctica de orar por los muertos para que sean desatados de sus pecados. ¿Y es posible que los ministros de la palabra nos hayamos de ver obligados á desplegar á vuestra vista el horror de aquella mansion sombría, de aquel lago profundo de tribulacion y de gemidos para haceros derramar lágrimas redentoras como dice S. Ambrosio, cuando para ésto debiera bastar vuestra fé y la presencia de este lugar?

Acercaos á esas urnas, á esos silenciosos sepulcros, y la fé os hará oir la voz del amigo que os dice entre gemidos, "yo soy el que comunicaba contigo todos los secretos de mi corazon, quien te consolaba en tus aflicciones, quien salia á tu defensa cuando te calumniaban; tu puedes templar el ardor de estas llamas; por nuestra antigua amistad te ruego que no te hagas sordo á mis clamores; *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.* Compadeceos, compadeceos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha herido"

Oireis la voz de un padre, de una madre que sufre acaso por su escesiva condescendencia con vuestros caprichos, por su escesiva solicitud en

dejaros bienes de ſortuna sin respetar demasiado las leyes de la justicia. "Yo soy quien tantos cuidados y desvelos empleé en tu infancia, quien tanto afané por tu bien, Y yo ahora vivo entre llamas y tu entre delicias, yo clamo de lo profundo, y mis clamores no hieren tus oidos. Cruel! no aumentes mi suplicio con tu ingratitud. Oireis la voz de una esposa, de un esposo, que os dice, yo soy á quien juraste un amor eterno, á quien estremecia la sola idea de nuestra separacion; todos los objetos que herian tu vista te recordaban mi imajen en los primeros dias de tu viudéz y te arrancaban dolorosas lágrimas. Qué se ha hecho ya de tanto amor? No te pido yo ahora aquellas lágrimas estériles, ni lápidas preciosas, ni costosos mausoleos; todo ésto podrá ser algun consuelo para los vivos; los muertos necesitamos otros consuelos, necesitamos vuestras oraciones, vuestros ayunos y limosnas."

Vuestros hijos, vuestros parientes hacen hoy un llamamiento á vuestra ternura, os recuerdan los estrechos vínculos de la sangre. Vuestros maestros, vuestros directores, vuestros padres espirituales, los que os han reengendrado para Jesucristo por medio del bautismo todos esperan hoy de vosotros una demostracion de gratitud. Enfin todos nuestros hermanos en la fé nos dirigen hoy las mas sentidas quejas por nuestra frialdad é indiferencia. Todos descendemos de un mismo padre, dicen, todos formamos la gran familia de Dios, todos hemos sido

rescatados con una misma sangre y somos llamados á la Jerusalen del Cielo. Mirádnos cercados de llamas vengadoras que nosotros no podemos apagar, porque pasó el tiempo de merecer. Vosotros sí, habitantes de ese lugar de prueba, podeis á bien poca costa abreviar nuestros tormentos: el Señor desea que desarmeis el brazo de su justicia: el mas pequeño sacrificio, un vaso de agua dado por amor de Jesucristo basta para mitigar nuestras penas: vuestro mismo interés debe escitaros á sacarnos cuanto antes de esta cárcel para tener pronto solícitos valedores en el Cielo. Oh si la suerte se trocára! con qué ardor hariamos por vosotros eso que ahora nos niega vuestra fria indiferencia!

Asi claman en su desvalimiento aquellos ilustres cautivos, cuyo especial consuelo es saber que en la tierra se hacen esfuerzos para su libertad. Pero ójala no pudiera decirse de nosotros lo que en su tiempo decia S. Agustin, *clamat fidelis in tormentis et non est qui respondeat illi*, claman las almas fieles en los tormentos y no hay quien oiga sus clamores, y si respondemos es muchas veces con una voz tan débil que aunque no sea del todo perdída no puede sinembargo esparcir el consuelo en el Purgatorio. Porque debeis saber, Cristianos, y aquí reclamo particularmente vuestra atencion, que nó toda oracion, nó toda buena obra es igualmente eficáz para abreviar los padecimientos de las almas allí detenidas. Hay sí una oracion siempre agradable á Dios, siempre aceptada por él como una digna satisfac-

cion por las penas del Purgatorio, y esta oracion es la voz de aquella nobilísima víctima que se ofreció una vez en la Cruz, y que continúa ofreciéndose misteriosamente en nuestros templos, la voz de aquella sangre que sube de nuestros altares al Cielo como un copioso vapor para descender desde allí en saludable rocío á fecundar la tierra y refrigerar el Purgatorio. Esta es la oracion eterna que el Padre oye siempre con complacencia, porque no saca su valor del mérito del hombre sino de la dignidad infinita de un Dios encarnado que murió por salvar al mundo ofreciendo el precio de su sangre para rescatarnos. Todos nuestros méritos, todas nuestras satisfacciones reciben su eficacia de este gran sacrificio que es como el corazon del mundo espiritual, que todo lo vivifica. Y si vuestro corazon no late con el amor de ese pontífice eterno, de ese bienhechor generoso, sino estais unidos á él con los dulces vínculos de la caridad os hallais en estado de muerte, en desgracia y aborrecimiento de Dios. Y entonces, qué precio podrán tener vuestras oraciones, vuestras limosnas y ayunos? Ignorais por ventura que Dios escucha tanto mejor nuestras súplicas cuanto mas puros son nuestros corazones, cuanto mas arden con el fuego sagrado del amor divino! Esas buenas obras hechas en estado de muerte si bien pueden mover la misericordia divina para que os saque de vuestro pecado, nunca las acepta Dios como digna satisfaccion de la pena que debeis á su justicia. Y siendo ésto asi, decídme es alguno capáz

de satisfacer deudas agenas cuándo no puede pagar las propias?

Almas tiernas, os diré al concluir con un célebre escritor de nuestros dias, almas tiernas, si amais verdaderamente á vuestros amigos salíd, salíd de vuestro pecado, de ese fatál estado de muerte, puesto que asi nada podeis hacer personalmente por ellos. Llorád primero por vosotros, ofrecéd á Dios un corazon contrito y humillado, y entonces podreis orar eficazmente por aquellos á quienes amais. Quereis tener el bárbaro placér de verlos entre llamas sin dar un paso para acercaros á la fuente de agua viva con que las podeis apagar? Ah! vuestros amigos que ven todo el horror de vuestro pecado lloran esta ceguedad no tanto por ellos como por vosotros mismos. Aceptarian gustosos el arder en aquellas llamas hasta el fin del mundo, como lo han aceptado muchos Santos en la tierra, para que el Señor no os deje morir en vuestro pecado. Rompéd para siempre esa vergonzosa cadena con que el Demonio os tiene aprisionados. Entrád en la sociedad de los verdaderos hijos de Dios, pasád de las tinieblas á la luz, y tendreis el consuelo de que vuestras lágrimas, vuestros sufragios hallen favorable acogida ante el trono de Dios y desciendan desde allí á mitigar ó abreviar los tormentos que vuestros amigos sufren en el Purgatorio, y á darles el descanso eterno que les deseo,